

¿Cuál es la razón que explica el desencuentro entre ciencia y fe?



http://imdosoc.org/plataforma/index.php?option=com_content&task=view&id=2832&Itemid=551



La cuestión que se me ha propuesto para este breve artículo es compleja. Es un viejo problema este de las relaciones entre ciencia y fe cristiana. Como observa Jean Ladrière¹, puede plantearse a dos niveles: el de los contenidos y el de las actitudes fundamentales.

¿Se trata de una incompatibilidad entre los dogmas de la fe cristiana y los hallazgos o teorías científicas? Históricamente se ha venido planteando el problema a nivel de los contenidos. Es un debate que puede continuar actualmente. Pero, como propugna también Ladrière, habría que trasladar la problemática fe-ciencia al nivel de las actitudes fundamentales. Tanto más que la misma ciencia, más allá de la búsqueda de resultados particulares, actualmente se interroga sobre sus propios fundamentos.²

Centraré mi consideración en torno a un texto de Jean Ladrière «Science contemporaine et foi chrétienne. Nouvelle position d'un ancien problème» de su libro: *La science, le monde et la foi*. Casterman, Tournai 1972, pp. 17-33.

Me limitaré a esbozar esquemáticamente algunos aspectos para una reflexión ulterior.

1. Origen del conflicto fe-ciencia

Inicialmente esta problemática fe-ciencia se sitúa dentro de una problemática más amplia: la puesta en tela de juicio de lo que se podría llamar el «mundo cristiano».

“El ‘mundo cristiano’ comporta un sistema de representaciones que aparecería ante él mismo como completo, por lo menos en principio, e intangible. Este sistema de representaciones asociaba a una síntesis teológica, una determinada interpretación de la naturaleza. Entre las dos no había una vinculación deductiva necesariamente. Por otro lado, los elementos de esta interpretación fueron tomados en gran parte del mundo griego, o más exactamente, de los restos de este mundo (ya que no existía como tal “mundo”), lo que muestra bien la ambigüedad de un sistema de este género. Su unidad simplemente era la del ‘mundo cristiano’ mismo”.³

La aparición de la ciencia moderna iba a poner en tela de juicio esta unidad y, a través de ella, la misma existencia del “mundo cristiano”. “Lo que la ciencia nueva cuestionaba era un cierto modo de interpretación de la realidad y no la teología cristiana. En principio, la síntesis habría podido reconstituirse, habríamos podido poner en pie un nuevo sistema de representaciones que hubiera integrado la nueva ciencia en el edificio de la teología. Pero precisamente es lo que se produjo. Y si esto no se produjo, no es el efecto de una especie de accidente histórico. Esta circunstancia manifiesta, al contrario, una emergencia cuyo significado comienza a mostrarse solamente hoy, gracias a la maduración de la reflexión crítica y gracias al descubrimiento de la dimensión de los fundamentos. Lo que pasó, es que la ciencia nueva se constituyó aparte de la teología”.⁴

Mientras perduraba un “mundo cristiano” y, en particular, un sistema coherente de representaciones con este mundo, el problema de la relación entre ciencia y la fe podía parecer que sólo tenía que ver con cuestiones particulares, era un problema de contenidos. El problema parecía ser en sí una nueva teoría contradecía tal o cual concepción tradicional, aparentemente vinculada a la fe. En cada caso, el problema podía ser resuelto por un proceso de disociación y de purificación: disociación del plano de la fe y del plano de la ciencia, determinando con más precisión los métodos propios de cada una y de las afirmaciones que les corresponden –purificación de la visión de la fe por eliminación de los elementos de representación que son extraños para ella y cuya integración en una síntesis teológica tenía sólo un significado histórico pasajero. En otros términos, había simultáneamente un desarrollo creciente de las posibilidades y de la competencia de la ciencia y el desmoronamiento de las antiguas síntesis y, por consiguiente, de aspectos importantes del “mundo cristiano”.⁵

Hoy podemos dar por terminado este proceso. Y, en este sentido, podemos decir que la ciencia no representa ya un problema para la fe. Nos encontramos en presencia de una distinción de niveles de inteligibilidad. Los métodos se fijaron perfectamente, la crítica epistemológica mostró cómo el sentido de los enunciados es relativo a los métodos utilizados y, entonces, ningún conflicto puede surgir entre contenidos que pertenecen a los planos heterogéneos de inteligibilidad.

2. Ha surgido una nueva problemática

Existen diversos planos con distintos proyectos: la fe, la ciencia, la política, etc. ¿Cuál es el carácter específico de cada uno de estos planos y proyectos, cuál es su modo de unificación, y cómo se sitúan unos con respecto a otros en la totalidad concreta de la existencia vivida?

Del mismo modo que la problemática de los contenidos se puede considerar ya como superada, y también el desarrollo científico mostró el carácter específico del «orden» científico terminando por conferirle su propia consistencia, esto nos permite percibir, tras la creciente acumulación de los resultados particulares de la ciencia y la sucesión de las teorías la vida de la ciencia misma, o mejor, la actitud fundamental que constituye la ciencia. Y este descubrimiento de la actitud científica como tal, ha sido realizado gracias al impacto de los progresos científicos: la inteligencia científica, a medida que se adueñaba de sus métodos y a medida que se confirmaba en sus aspiraciones, se vio forzada a volver a en cierto modo sobre su proyecto inicial para aclararlo y asumirlo, de modo más riguroso.

Mientras que, durante siglos, había vivido de las iniciativas creadoras que le habían hecho nacer, la ciencia se vio obligada –bajo la presión de ciertas «crisis» en las que sintió amenazada su coherencia interna- a explicar lo que, hasta entonces, había admitido implícitamente, a objetivar en representaciones adecuadas su proyecto original. Por ello, la actitud constitutiva de la ciencia se manifestaba en su propia especificidad: Y apareció ante sus propios ojos como dimensión constitutiva de conciencia.

Este será ya en lo sucesivo en el nivel en que se plantea el problema de las relaciones entre la ciencia y la fe. ¿Qué representa a los ojos del creyente, la ciencia como actitud fundamental de la conciencia, como constitutiva de una región autónoma de la experiencia?

Cuestión evidentemente mucho más radical que todas las que pudieron plantearse desde la Edad Media.⁶

3. La actitud de la ciencia

Dos rasgos fundamentales caracterizan la ciencia actualmente: la reflexión sobre su propio desarrollo (teorías, proyectos, resultados...) y su vinculación a la tecnología (poder de transformación y manipulación de la realidad, que afecta no sólo al mundo exterior, sino al hombre con un cambio profundo de las estructuras sociales, políticas y económicas... Y le plantea serios y nuevos problemas éticos).

Es sobre todo por lo que respecta al hombre, en definitiva, por lo que nos interesa y nos preocupa la ciencia. Si la consideramos no en el plano teórico, sino en su desarrollo tecnológico se advierte que está vinculada a una cierta transformación del mundo. Cada vez más la ciencia tiene a constituirse en un instrumento eficaz

de análisis y manipulación de la realidad. Se establece así una nueva relación con la naturaleza, en la que el hombre, en lugar de tener que soportar un determinado conjunto de condicionamientos, modifica esas condiciones según sus propias preferencias.

La ciencia moderna no es ya una “teoría”, una visión ordenada del mundo, una contemplación de la esencia de las cosas, se ha convertido en “técnica”, en intervención directa sobre los poderes de la naturaleza.

La proliferación de técnicas y aplicaciones prácticas es ya consubstancial al desarrollo científico. Este influjo poderoso de la ciencia no se limita al aspecto externo del universo, sino que concierne también al mismo ser humano. Y es causante de profundos cambios estructurales económicos, sociales y políticos. Ya no queda ningún sector de la vida humana sin el influjo de una técnica científica apropiada. Consecuentemente el progreso científico comporta problemas políticos y éticos y cuestiona en definitiva el devenir de la humanidad.

Por estas contaminaciones, que en principio le son extrañas (políticas, económicas, militares), la ciencia moderna afecta al hombre y le preocupa. Y al mismo tiempo revela su propia ambigüedad. Sus valores positivos y negativos. Sin duda que la ciencia permitió al hombre realizar un cierto número de conquistas que deben ser consideradas como auténticos logros: condiciones de una vida más verdaderamente humana pueden ser creadas, relaciones de comunicación en vez de antagonismo y de explotación, de eficaz colaboración. Pero al mismo tiempo, vemos que ella misma refuerza ciertos antagonismos, que hace cernerse sobre los hombres de hoy amenazas próximas y lejanas: la guerra atómica, destrucción implacable del medio ambiente, la amenaza, posiblemente más grave, de un totalitarismo tecnológico que se apoderaría de la vida humana.

4. El conflicto ciencia-fe

En este punto es donde realmente se sitúa el problema de la ciencia para la fe. Y aquí no se trata de intentar por parte de los creyentes de justificar su fe ante la ciencia con razones asumidas de la misma ciencia, ni de intentar justificar la ciencia con argumentos de la fe. No se trata de llegar a una reconciliación, de buscar en la ciencia argumentos para creer, y aún menos, de sacar partido de ciertas dificultades o fracasos científicos para proponer una apologética de la fe demasiado fácil.

La fe no tiene que justificarse ante instancias que le son ajenas. Como actitud fundamental, es absolutamente primera, y se justifica sólo por sí misma, en su propio originarse. La fe sitúa al hombre ante un mundo totalmente trascendente a través de la Iglesia. Conduciendo al hombre a penetrar las realidades divinas, le da una mirada nueva sobre el universo y sobre él mismo. Se trata de una mirada humana, pero de un hombre que alcanza a ver la luz del Espíritu. Directamente fundada sobre la relación personal que se establece entre el creyente y la Palabra

misma de Dios, tal como ella le es manifestada en la historia del pueblo de Dios, en la persona del Cristo y en su Iglesia, la fe se basta a sí misma como actitud fundamental y no tiene nada que pedir a la ciencia; y aún menos tiene que dejarse impresionar por la ciencia.

Pero no obstante, hay que preguntarse sobre el significado que puede revestir, a los ojos del creyente la actitud de la ciencia con relación a la actitud de la fe.

Sea el que sea del origen histórico y del fundamento real de esta actitud científica, hay que decir que ella crea un nuevo tipo de hombre, alumbra en él posibilidades que, antes de su aparición, eran insospechadas. Hay un humanismo científico, que encuentra su despliegue en una doble dirección: desarrollo crítico en la conquista de la dimensión de los fundamentos, y desarrollo técnico en la conquista de un poder creciente del hombre sobre el universo y sobre sí mismo. Para la fe cristiana, este humanismo tiene un significado positivo. Todo lo que pertenece a la revelación del hombre pertenece a esta transformación misteriosa que anuncia el Evangelio y que aparece como la misma trama de la historia de la salvación. El cristianismo no puede fundarse a costa y en detrimento del hombre. Muy al contrario, asume plenamente al hombre, del hombre tal como él mismo se realiza con sus propias posibilidades en su devenir histórico.

“Decir que ya no existe un “mundo cristiano” no significa afirmar que existe una separación entre el ser humano y el ser cristiano, es decir, la fe no se presenta ya como el principio de un sistema de integración, sino que se manifiesta como principio de santificación para el hombre entero, tal como él se realiza con el dinamismo que le es propio”.⁷

Esto implica, a la vez, una purificación de la fe, volviendo a su propia esencia, a la realidad de su brote originario, al desarrollo de todo lo que contiene la aventura humana en su proceso histórico, al despliegue de todas las dimensiones que progresivamente fueron apareciendo en el curso de esta historia y que continúan manifestándose a nosotros a través de nuestras acciones presentes, a la inserción finalmente de este humanismo en vías de constitución en la dinámica de la salvación.

5. Un nuevo tipo de cristiano

Brota así un nuevo tipo de vocación cristiana. Se trata de un cristiano que estará totalmente presente en la aventura de la ciencia y al mismo tiempo totalmente presente a las exigencias de su fe.

De un cristiano que se habrá dejado formar por el humanismo científico, que habrá vivido auténticamente esta actitud fundamental que define la ciencia, con las ambigüedades que contiene, y que se ofrecerá a la acción de la salvación en toda la amplitud humana que habrá conquistado de este modo.

Si la salvación es una realidad, debe alcanzar al hombre entero, al hombre tal, como se manifiesta a través de la historia, al hombre con todas sus dimensiones, con sus triunfos y sus fracasos, con todas las actitudes que desarrolló en el curso de su desarrollo. La salvación no se dirige a un hombre abstracto, extraño al contexto concreto de la historia, lo coge tal como es, en su situación más concreta, con su destino histórico más inmediato.

El que viva la actitud de la ciencia, tal como ella se desarrolla actualmente, no podrá ya ser cristiano de la misma manera que lo era en la Edad Media, ni siquiera en el siglo pasado. En este sentido su modo de acceder a la realidad religiosa del cristianismo se encontrará modificado. Efectivamente es otro hombre quien se ofrece aquí para ser salvado. Es a través de otras mediaciones, otro lenguaje, otras representaciones, otras esperanzas, otras seguridades, otras inquietudes, otros éxitos y otros fracasos, que la fe le llegará; una fe que aunque es siempre la misma en su contenido, ya que no es otra, en definitiva, que la Palabra de Dios. Pero si Dios habla al hombre en una historia, su Palabra sólo puede llegar al hombre en la situación particular en que se encuentre en el seno de esta historia y a través de los instrumentos que esta historia pone a su disposición en el momento del que se trata. Para el hombre que ha sido formado en la ciencia, la fe es revivida según las posibilidades humanas que esta formación despertó en él.

6. ¿Pero la ciencia deja todavía sitio a la fe?

Es aquí donde las observaciones hechas antes sobre el riesgo de totalización que comporta la ciencia, adquieren todo su alcance. La ciencia define un cierto tipo de discurso; la reflexión sobre sí misma en un cuestionamiento sobre las posibilidades del discurso. Ahora bien, la realidad se nos hace accesible en el discurso: si la ciencia es el único discurso posible, nos es imposible acceder a una realidad que, por su misma naturaleza, es radicalmente inobjetivable. Desde el momento en que la actitud fundamental de la ciencia se vuelve totalizante y absorbe todas las demás, se convierte en principio de ateísmo. No se da una demostración científica del ateísmo; se da, en el exclusivismo del proyecto científico, el olvido de la realidad religiosa, que se hace verdaderamente inaccesible.

Si el proyecto científico puede convertirse en principio que totaliza la experiencia, es porque tiene con qué saturarla: polarizándola en la búsqueda creciente de la inteligibilidad matemática y de la eficiencia, obnubila literalmente la conciencia y la priva de sus otras dimensiones. La proliferación de este proyecto encubre todas las demás. Pero reduciéndose únicamente a prolongarse con la anticipación de un mundo que sería totalmente recuperado con la realización de este proyecto: haciéndose único, se hace instrumento de una ambición desmesurada de poder. La totalización no es solamente en el presente, sino que también en el futuro: es la ciencia la que le fija al hombre el estilo de su existencia futura y la que la da su culminación.

7. ¿Qué puede sucederle a la ciencia cuando es asumida con una actitud de

fe?

Ante todo, queda como lo que ella es en sí misma. No se anexiona a una síntesis de otro tipo, que sacrificaría su originalidad. La fe es una actitud que debe precisamente penetrar la pluralidad de las dimensiones de la experiencia respetando su propio contenido y dejándoles su autonomía. Porque no es sustitución de un término por otro, sino apertura a una realidad totalmente distinta de la que se ocupa la ciencia, la realidad de Dios.

El equilibrio espiritual que debe operarse en el científico cristiano no es absoluto la restauración de un “mundo cristiano”, sino la actualización de la salvación dentro de las categorías del humanismo.

En el científico cristiano, el hombre tal como ha sido hecho por la ciencia y, a través de él, la ciencia misma son los que deben ser alcanzados por la intervención de la salvación. Cualquier dimensión humana tiene un valor cristiano.

Actualmente podemos comprender mejor el significado de lo que ha sido logrado por la ciencia. Para el cristianismo, el hombre no es ni sólo el sujeto de la historia de la salvación, cuya iniciativa pertenece a Dios, él tiene también su propia historia, en la que la iniciativa le pertenece totalmente a él. A través de esta historia él se expresa a sí mismo y esta expresión evidentemente no es sin significado con respecto al plan de Dios sobre el hombre, aunque este significado quede para nosotros misterioso. Lo cierto es que, para la mirada de fe, toda realidad humana es ambigua: comporta un valor positivo, que se orienta hacia este encuentro de Dios con el hombre cuya historia es su lugar de actualización, pero contiene también un aspecto negativo, que manifiesta en ella la obra del pecado y compromete este encuentro.

Lo que aporta la salvación a la acción humana, es a la vez un dinamismo espiritual que la abre a un horizonte de santificación y una rectificación purificadora que la libera de su propia maldición.

La ciencia, tal como ella se nos presenta, es ambigua en su misma esencia. Esta ambigüedad no concierne ni siquiera a los efectos de la ciencia, sino que su mismo proyecto fundamental, se clara a la mirada de la fe y aparece como el reflejo de la condición total del hombre. Si es cierto que en la ciencia existe un poder de progreso que promueve un nuevo acuerdo del hombre con el universo y consigo mismo, hay también en ella un poder destructivo que es el causante de una ruptura entre el hombre y su propia realidad. El advenimiento de la ciencia moderna marca posiblemente la escisión de un cierto equilibrio entre el hombre y la naturaleza. Esta disociación era necesaria para que pudiera desarrollarse el proyecto de la eficacia. La acción sobre el mundo no puede desplegarse sino a costa de la objetivación del mundo. A medida que va alcanzando nuevos sectores de la realidad, destruye equilibrios naturales y crea por tanto al hombre nuevos problemas. Toda conquista positiva va acompañada de un aumento de negatividad: aquello que unifica es al mismo tiempo lo que divide, lo que acrecienta el poder del hombre es al mismo tiempo lo que le presenta nuevos

desafíos, lo que establece nuevos límites en su poder.

A los ojos de la fe, sólo en la manifestación plena que marcará el fin de los tiempos podrá ser eliminada su ambigüedad: el juicio final decidirá lo que era válido y lo que no lo era. Mientras tanto, tenemos que proseguir el camino difícil en el que estamos comprometidos. Pero la salvación ya actúa ahora, y su juicio también: pueden hacerse rectificaciones parciales. A cada instante, hay delante de nosotros lo mejor y lo peor; la verdadera libertad consiste en esta liberación. Viviendo en sí mismo las Bienaventuranzas, debe hacerse capaz de lograr un equilibrio espiritual que no solamente tendrá sentido para él, desde el punto de vista de su propia interioridad, sino también para la ciencia misma. Testimonia así una transfiguración que debe apoderarse de la inteligencia científica misma. No es el plano de las aplicaciones en que debe actuar esta purificación transformadora, es en el plano de los proyectos fundamentales. Precisamente porque la gracia alcanza al hombre en la raíz misma del espíritu, porque la vida sacramental logra en él las virtualidades más profundas, tanto que es capaz de transfigurar sus proyectos y realizaciones.

¹ Cf. LADRIÈRE, J. La science, le monde et la foi, Casterman, Tournai 1972, 17.

² Ibid.

³ LADRIÈRE, J. o.c. 18-19

⁴ Ibid.

⁵ Ibid.

⁶ Cf. LADRIÈRE, J. o.c. p. 20

⁷ LADRIÈRE, J. o.c.p.29

Feliciano Ugalde, SDB

Fuente: Revista Cultura Religiosa, n° 481, noviembre-diciembre 2009, pp. 13-16